

MADERA

CAPÍTULO SÉTIMO

FUNCHAL

4 de Julio de 1852.

¡Con cuánto pesar dejamos a Cádiz, esa ciudad que se levanta del seno de la mar como una aparición mágica! Habíamos pasado en ella momentos felices. El día de San Pedro había yo asistido a una de esas corridas de toros a que soy tan aficionado, y había visto la extensa plaza llena de las andaluzas mas hermosas y seductoras. En la *Alameda*, en el *Salon* al aire libre de *Cristina*, nos habíamos mezclado con la multitud elegante. ¡Cuántas mujeres y muchachas admirables había, con ojos negros y brillantes, bonitos y pequeños piés, con la mantilla de encaje, la rosa en el pelo, y el abanico en la mano! Había tantas, que se podía decir con el proverbio: "Los árboles no dejan ver el bosque." Estábamos embriagados, exaltados hasta el fondo del corazón; no hallábamos palabras con que expresar nuestro entusiasmo.

Aun estaba lleno con el recuerdo de Sevilla, la ciudad de España que me es mas querida y que había tenido la felicidad de ver por segunda vez: aun estaba bajo su encanto . . . y era preciso emprender de nuevo el camino; volver al fastidioso y humeante navío, y dirigirme a una isleta insignificante y lejana.

Debíamos obedecer sin embargo: con el corazón oprimido y como atacados de nostalgia, levamos anclas el 30 de Junio, y nos lanzamos a todo vapor a través del Océano. Durante cuatro días

y cuatro noches, cortamos sin detenernos las olas del Atlántico: el humo, el calor y el polvo del carbon, me daban *spleen*. En fin, el 4 de Julio, al salir el sol, cuando subí al puente, parecía que una obra mágica se había ejecutado en la noche. Bajo los rayos dorados del sol de los trópicos, en el seno de un mar refulgente y azulado, bañada en una límpida atmósfera, se levantaba delante de mí una isla majestuosa, una isla de basalto, de color violado, vestida con la mas fresca yerba de la primavera. Era una imagen seductora, formada para entusiasmar el alma y llenarla de alegría. Una serenidad celeste reinaba en aquel cuadro, y sin embargo, estaba envuelto en un ligero vapor: tenia la luz una claridad sobrenatural, como una alma que se manifiesta en los ojos inspirados. Un aire delicioso penetraba a torrentes en el tranquilo pecho: se presentia un mundo nuevo, un paraíso terrestre.

Los idiomas aleman y frances, tienen cada cual una palabra que parece inventada para designar a Madera: los franceses dicen *éclat* (brillo), nosotros, *schmelz* (esmalte). No conoce uno todo el significado de estas expresiones, sino cuando está anclado en la rada de Funchal que es la capital de Madera. Desde la base hasta la cima, estas arrogantes y atrevidas rocas de basalto están cubiertas de hermosos prados, y sobre ellos innumerables pueblos, circundados de flores, están sembrados como perlas. Hasta la imponente plataforma que corona la iglesia de *Nuestra Señora da Monte*, la mirada se extiende sobre las risueñas casas de campo, que se dibujan sobre las encinas de nuestras comarcas y los opulentos castaños de Italia. La ribera, adonde la mar viene a romper sus espumosas olas, presenta un conjunto de rocas fantásticas y tramos pintorescos, cubiertos con magníficos laureles, geranios y mil especies desconocidas de arbustos floridos, sin hablar del plátano de anchas hojas, y del palmero de tallo esbelto y majestuoso.

La ciudad es elegante, aunque pequeña; está dominada por una ciudadela. Otro fuerte corona una roca negra de basalto que se levanta del seno de la mar, y forma el ala derecha de una especie de anfiteatro. Allí desembarcamos, y súbitamente nos vimos transportados a un paraíso de flores en que las gracias de la naturaleza nos sonreían por todas partes.

He recorrido grande porcion de la tierra, y puedo decir que nada he

visto tan hermoso. He cortado la rosa de los Alpes en las neveras resplandecientes: he atravesado sobre el arrogante corcel árabe, los bosques de cipreses de Esmirna: he cogido la adelfa en las encantadoras riberas del golfo de Lepanto: me he mecido en las olas azuladas de la gruta de Capri: he tomado las flores de los jardines mágicos de la Alhambra; pero aquí encontraba reunidos todos aquellos tesoros de la naturaleza, y ademas, un no sé qué inexplicable que me presenta a Madera como un paraíso terrestre. ¿Es acaso el aire trasparente como el cristal, que se siente delicia en respirar? ¿Es la variedad infinita y encantadora de las flores ó su perfume penetrante? ¿Es la eterna primavera que hace que Julio tenga aquí mas encanto que nuestro mes de Mayo? ¿Es, en fin, ese clima siempre igual, siempre fresco y vivificante, tan hermoso en la noche como en el dia, siempre cariñoso, siempre suave? No sé decirlo; pero sí sé muy bien que aquí he vivido doblemente, siempre feliz, siempre contento, y que seria para mí una dicha sin igual, un gusto precursor de la felicidad celestial, poseer una casa de campo en este país.

La vegetacion del universo entero está representada en Madera del modo mas grandioso. Las plantas del Norte: encinas vigorosas, helechos abundantes, madre selva aromática: las de Italia: castaños y naranjos, las soberbias camelias de China, el cafetero de Arabia que yo no habia visto en otra parte tan fecundo y tan extendido: la preciosa piña de América que veía tambien por la primera vez al aire libre, el plátano siempre cargado de fruto, y otras cien plantas raras, que entre nosotros no se ven mas que en los invernaderos de los jardines, donde están marchitas y donde las admiramos: sin embargo, están aquí como en su casa, con su brillantez y con sus flores. Hé aquí por qué me imagino que Dios, viendo el trabajo que se toman los hombres para reunir en jardines, que llaman botánicos, todas las plantas del globo, creó a Madera para manifestar a los mortales que querian usurparle sus funciones, que el antiguo Creador entendia de esto mejor que ellos; y desde aquel tiempo, Madera es el jardin de Dios, y ninguno hay que le sea comparable.

Nuestra primera visita fué para el cónsul austriaco M. de Bianchi, tio del mariscal de campo Bianchi, duque de Casalanza. Es

un amable anciano que lleva entre una mujer excelente y hermosos hijos, la vida ideal de un patriarca. Su jardín forma una especie de azotea sobre la muralla de granito; sus dos casas están medio escondidas en él, como en una canastilla de flores.

Adelfas, cafeteros, palmeros, naranjos, plátanos, parras, frutas enredaderas de aromas balsámicos, todo lo que se puede imaginar de flores y de perfumes exquisitos, está allí enlazado en un desorden poético, formando anchas glorietas de follaje. Desde el seno de esta vegetación tropical, la bandera encarnada y blanca nos dirigió la bienvenida.

La mas pequeña de ambas casas, blanca y limpia, sencilla y elegante, como conviene a un comerciante acomodado, fué destinada para nuestro uso. Nos aguardaba un almuerzo compuesto de golosinas tropicales, nuevas para mí en su mayor parte; sin embargo, teníamos empeño por ir a la ciudad, porque deseábamos alcanzar la misa, y era tarde.

Funchal es una ciudad bonita y limpia. Las casas no tienen mas que un solo piso; en todas hay balcones y celosías. Me recordó las ciudades que tienen baños y tambien las de la América del Sur: se siente en ella la impresión que se experimentaria en el seno de una familia arreglada; parece una reunion moderada y pacífica que se divierte en el fresco césped en el mes de Mayo. No se puede negar que la población está formada conforme al modelo de las colonias inglesas, sobre todo, en cuanto al aseo y al *comfort*; por esto se ven muchos ingleses en Funchal, especialmente en el invierno, que vienen a fortificar sus pulmones bajo la suave influencia de este clima. La manera de vivir de los enfermos, comunica a la ciudad un aspecto de tranquilidad y de paz. Para los ingleses de buena salud, Madera es una fuente de recursos. ¿Quién dejaría de desear que este país se viese bajo el cetro de Inglaterra? La sabiduría del gobierno inglés que ha trasformado las islas Jónicas en un paraíso terrestre, ¿cuántos adelantos introduciría en esta isla que por sí misma es, como Luca, el *pleasure ground* del universo? Entretanto, la administración portuguesa, que es la peor del mundo, nada ha sabido hacer por Madera. A pesar de sus naturales riquezas, esta colonia nada produce para la metrópoli, en cuyas manos es una propiedad sin valor.

Entre las curiosidades de Madera, doy la preferencia al tocado, que es el mas extravagante que he visto: es un gorro como de una cuarta que termina en una punta tan aguzada como la de un pararrayos, y que se coloca a manera de embudo al revés sobre la parte mas alta del cráneo. Bien pudiera considerársele como un capricho de carnaval, digno de los habitantes del Mediodía, pero nunca como un tocado popular: precisamente es contrario a su objeto en este país, en que el sol tiene una fuerza sin igual. Jóvenes y viejos van y vienen al sol y al agua con su cucurucho azul en la cabeza; y lo que mas sorprende al extranjero, es que estas gentes puedan mirarse unas a otras sin reventar de risa. Nunca pierde su equilibrio este sombrero singular; los campesinos lo usan aun trabajando; parece que nació con ellos, y les da una fisonomía chinesca que completan sus rostros, amarillos y aplastados. El pueblo pretende que la punta del sombrero concentra los rayos del sol y liberta a la cabeza de las insolaciones, como el pararrayos precave de los rayos.

¿Por qué serán tan feos los habitantes de Madera? En medio de tan hermosa naturaleza, se siente uno desconcertado al ver las anchas caras de los mulatos. Otra cosa serian, si los españoles se hubiesen establecido en este país.

5 de Julio de 1852.

Cuando se levantó el sol ya nos encontró en la *quinta* de nuestro amable cónsul. Los rayos del sol venian cargados con todos los fuegos de los trópicos. El aire estaba embalsamado con los perfumes de las adelfas, cuyas ramas se elevaban, como ramilletes de flores gigantescos, sobre las paredes del jardín. Al principio habíamos creído que aquel agradable olor venia de los tilos muy semejantes a los de nuestro país; pero se nos dijo que la adelfa cuando está en masa bajo este clima, despiden un perfume tan semejante al del tilo, que ambos se confunden. Así es como en esta isla feliz se descubren a cada paso nuevas riquezas de la naturaleza que causan un verdadero entusiasmo por los encantos de este paraíso perdido en el seno del océano.

Hemos empleado la mañana en hacer una excursión a caballo:

seguíamos la orilla de la mar; el camino pasaba entre casas construidas con grandes trozos de basalto en que innumerables lagartijas se calentaban al sol. En fin, a través de ricos viñedos llegamos a *Soccoridos*, como se llama una corriente de agua que ha abierto su cauce entre masas de rocas basálticas, abriéndose camino hasta la mar. Las parras se cubren del mas fresco verde en estas paredes de roca; las anchas hojas del plátano se mezclan de trecho en trecho, de roca en roca, con la de la parra, y forman risueños bosquecillos y las mas gratas sombras sobre todas las pendientes. El atractivo particular de Madera consiste en presentar así paredes de basalto que parecen formar precipicios y que están cubiertas de la mas amable vegetacion. De esta suerte, estos paisajes reunen las atrevidas pendientes de Suiza con los horizontes graciosos de Italia y la naturaleza exuberante de la América del Sur.

Un puente atrevido y muy estrecho, porque no hay coches en Madera, se encuentra en la barranca: este lugar me ha recordado los campos de lava cubiertos de yerba que se ven en el Vesubio abajo de la Ermita. Los viñedos, cuya espesa sombra nos protegía miéntras subíamos la opuesta pendiente, me trajeron a la imaginacion los alrededores de Meran, el mas hermoso canton de las Marchas tirolesas.

El párroco que se encontraba a la puerta del curato nos invitó a que entrásemos a tomar algunos refrescos. Descansamos un momento en la casa de aquel hombre excelente, aunque sin aceptar lo demás de su invitacion.

Poco despues entrábamos bajo la sombra de un magnífico bosque de castaños, cuyo suelo está tapizado con la madreselva y los helechos de nuestro país. En la vertiente de otra montaña se extiende un océano de follaje, que da sombra y que murmura como una selva de Alemania: Heimbach se presentó al punto a mi memoria: creía oír el suave lenguaje de nuestros bosques; era como si el suelo de Austria me hablase desde léjos. En medio de esta amable soledad se oculta la casa del antiguo cónsul inglés. A la entrada del jardin, bajo una alta bóveda de follaje, brota un arroyo que hay que pasar por un puente rústico arrojado sobre dos pedazos de roca. Una *quinta* como ésta, edificada en un océano de

yerba ó perdida en alguna isla separada del mundo y encerrando sin embargo todo un mundo de felicidad, de íntima felicidad, tal es mi sueño y la imágen en que mi pensamiento se detiene complacido; y aunque en este paraíso no hubiese dicha perfecta, puesto que la completa felicidad no es de este mundo, siempre este Eden sería muy propio para calmar las pasiones. El feliz propietario ha tenido la fortuna de descubrir este retiro delicioso y de poder embellecerlo. Los ingleses recorren la vasta esfera y levantan su tienda donde les agrada, en Oriente ú Occidente, en el Sur ó en el Septentrion: son libres y fácilmente se eximen de las necesidades que su clase les impone: se crían un mundo conforme a su gusto y a sus bienes: se establecen en este pequeño círculo, y a pesar de todo no olvidan su patria; por el contrario, la engrandecen con alguna conquista nueva donde la vieja Inglaterra sigue viviendo tan cómodamente como en el Reino Unido. Sí, es uno de mis sueños permanecer por largo tiempo en Madera, aquí compraría esta casa para cantar en ella mis canciones y exhalar en los bosques las alegrías de mi alma.

Muchas gentes se burlarán de mi puerilidad; pero yo he escogido un pedazo de basalto en la cumbre de la montaña y lo he hecho trasladar a la ciudad por algunos de los numerosos guías que se disputaban la honra de llevarnos a remolque por la florida yerba. Aquel peñasco será la primera piedra de mi *Tusculum*, cuyo proyecto he concebido hace muchos años. Poco tiempo há que escogí el lugar donde lo he de edificar, y mañana que es el día en que entro a la mayor edad, debia poner la primera piedra en mi país; mas ya que el océano me separa de él, escogí en este paraíso terrestre, en este Eden bendecido por Dios, la piedra que debe servir de cimiento a mi pequeño Eden particular.

Establecimos nuestro campo al pié de una verde colina y bajo la sombra de una encina elevada: nos sentamos en la yerba, y gracias a la prevision de nuestro amable cónsul y del mas jóven de sus hijos, tomamos un excelente almuerzo, en que el vino de la isla representó el papel principal y ocupó el lugar del agua.

Durante aquella colacion llamé a mi lado, con grande escándalo de mis amigos, a algunos pastorcillos, niños que merecian retratarse, con una sencilla camisa y un desaseo pintoresco. Les